

GIGANTES

Cuentos ingleses de gigantes

por J.L. Bartolomé*

Los gigantes han propiciado a lo largo de la historia una ingente cantidad de literatura. Asociados de una u otra forma al triunfo del débil frente al poderoso y de la astucia frente a la fuerza bruta, los cuentos de gigantes ofrecen unos rasgos morfológicos e ideológicos similares en todas las épocas y culturas.

El articulista se sumerge en la cuentística británica y nos ofrece una interpretación simbólica del papel que los gigantes desempeñan en dicho género literario.



QUENTIN BLAKE, EL GRAN GIGANTE BONACHÓN, PLANETA, BARCELONA, 1984.

GIGANTES

El cuento de gigantes es universal y contiene como aspecto común en su morfología e ideología el triunfo del débil sobre el poderoso, de la astucia sobre la fuerza. El combate bíblico de Da-

vid contra Goliat, el épico de Ulises frente al cíclope Polifemo —vil antropófago en la versión homérica, más hospitalario en el retrato de Eurípides—, o el fabuloso de Sindbad en su tercer viaje, constituyen los funda-

mentos de la psicología popular que veía en estas contiendas un pulso entre el cristianismo y el paganismo, entre un cosmos natural y otro supernatural, entre el individuo y su propia fortuna. La literatura folclórica de occidente, y también algunas muestras de la eslava, la nórdica e incluso de la de los indios norteamericanos, es heredera de este patrimonio.

La tradición medieval introduce la figura del gigante benefactor, y también la del gigante que se integra en la estructura social antropomórfica. Las múltiples versiones peninsulares de la epopeya del Roldán carolingio nos lo presentan derrotando el poder de la Media Luna del gigante sarraceno (Ferracutus en las leyendas castellanas, Ferragut en las rondallas catalanas). En las novelas de caballería se liberan «bellas doncellas», castillos e islas, del poder feudal maléfico de los gigantes. Tal sucede en el episodio inicial de Sir Lanzarote en *Un yanqui en la corte del rey Arturo* de Mark Twain o en las expediciones insulares de Amadís de Gaula. La última víctima de nuestro príncipe andante, el gigante Balan, se reconciliará y aceptará el nuevo orden político.

En la mitología de la Media Tierra, de Tolkien, también está presente la dicotomía entre gigantes malignos (Trolls) y los que actúan como guardianes benignos del bosque, tal vez amedrentadores pero no dañinos (Ents). La literatura renacentista consagrará el carácter inofensivo del gigante. Las crónicas de Gargantúa y Pantagruel son las de una dinastía de gigantes bonachones.

El folclore de gigantomaquias en inglés¹ recoge a grandes y menores trazos estas características maniqueas. Una lectura simbólica-ensayística de sus principales aportaciones invitaría a descubrir, como en la obra de François Rabelais, sentidos ocultos. Esta lectura no es exclusiva de los cuentos ingleses de gigantes, y sin duda sería extrapolable a otras literaturas fantásticas nacionales.



ARTHUR RACKHAM, EN JACK MATAGEGANTS, JOVENTUT, BARCELONA, 1934.

Leyendas británicas de gigantes

Al igual que en otras latitudes, las leyendas británicas de gigantes han tenido su impacto en la toponimia del país, desafiando otras explicaciones científicas de tipo histórico o geológico. La Calzada del Gigante (*Giant's Causeway*), considerada por los irlandeses como la octava maravilla, no es para ellos el resultado de una actividad volcánica sino de la obra del gigante Finn McCool, mítico comandante de los ejércitos del rey de Irlanda.

En un combate con un gigante escocés, Finn lanzó una masa ingente de tierra que al caer al mar formaría la isla de Man. El agujero que dejó se llenó de agua, y así se originaría el mar interior conocido como Lough Neagh. Finn, quien vivía en la costa septentrional del condado de Antrim, se enamoró de una dama gigante de las islas Hébridas y empezó a construir tal calzada para traerla al Ulster.

Podríamos entretenernos en anotar la geografía megalítica del sur de Inglaterra sugerida por constructores gigantes, o las figuras paisajísticas de las montañas cretáceas de la misma región. Mucho más ilustrativo resulta, sin embargo, apuntar que el propio nombre de Bretaña se atribuye a Brutus, el guerrero troyano, nieto de Eneas, que fundaría la ciudad de Nueva Troya (Londres), al ser desterrado de Italia. Otro fundador epónimo fue Corinaceus (Cornualles), compañero de fatigas de Brutus. Ambos aniquilaron una raza de gigantes del país albión, de los que sobrevivirían cautivos Gog y Magog. Estos dos gigantes cónicos se convirtieron en seres benéficos, siendo sus efigies tutelares transportadas en procesión, en Londres, desde tiempos de Enrique V.

Cornualles ha sido el rincón geográfico preferido de asentamiento de numerosos cuentos de gigantes ingleses. Sin duda, los acantilados y promontorios del Land's End, junto a la climatología de la región, estimulaban



ARTHUR RACKHAM, EN JACK MATAGEGANTS, JOVENTUT, BARCELONA, 1934.

la imaginación popular. Los gigantes de Morvah inevitablemente recuerdan la pérdida de una cultura autóctona cónica, idioma incluido, a manos de una potencia invasora como la inglesa, representada por caudillos de onomástica tan significativa como Tom o Jack.

Consideraciones historicistas hosti-

les aparte, lo cierto es que la huella de Cornualles está muy presente en este tipo de literatura. Allí habitaban Bolster y su milésima esposa Jecholiah, allí tenía su granja el padre de Jack «el Matagigantes», cuando en tiempos del rey Arturo esta región estaba custodiada por el gigante Cormoran. No es casual que Juan Nico-

GIGANTES



LOLA ANGLADA, TARONGES D'OR, MUNTAÑOLA, BARCELONA, [S.A.: ¿1916?].

lás, el capitán del «Aventura» que transportó a Gulliver a Brobdingnag, procediese de Cornualles; tampoco lo es que el gigante egoísta de Oscar Wilde regresase a su jardín después de visitar a su amigo el ogro córnico.

Una lectura caprichosa, mas no por ello indolente, nos permite encontrar en los cuentos de gigantes una alegoría de la propia evolución de la sociedad humana, del tránsito de un mundo de tinieblas y temores ficticios a un cosmos segmentado por el choque entre religiosidades. En un segundo es-

tadio, los combates entre gigantes y sus diminutos oponentes sugieren el paso de una estructura feudal asfixiante a otra de mayores libertades para el pueblo. Se observa aquí también la ascensión de un nuevo tipo de nobleza, la meritócrata, que mezcla sus raíces plebeyas o burguesas con las de la realeza.

Lectura alegórico-histórica

En una postrera etapa, el gigante déspota (justo es reconocer que tam-

bién se divisa alguna forma de monarquía precozmente ilustrada) se integra en un orden político y social democrático, y adopta formas de vida socializantes. Estos capítulos evolutivos se hallan, además, entretejidos por episodios de nacionalismo xenófobo, paisajes que sugieren el paso de una sociedad agrícola a otra industrial, y tampoco falta la página de reivindicación feminista: la cultura popular, secularmente androcéntrica, abre las puertas al protagonismo dinámico de la mujer.



LOLA ANGLADA, TARONGES D'OR, MUNTAÑOLA, BARCELONA, [S.A.: ¿1916?].

Dos cuentos son ilustrativos de la primera lectura alegórico-histórica: *Bolster y Jecholiah* y *Un gigante de Yorkshire*.

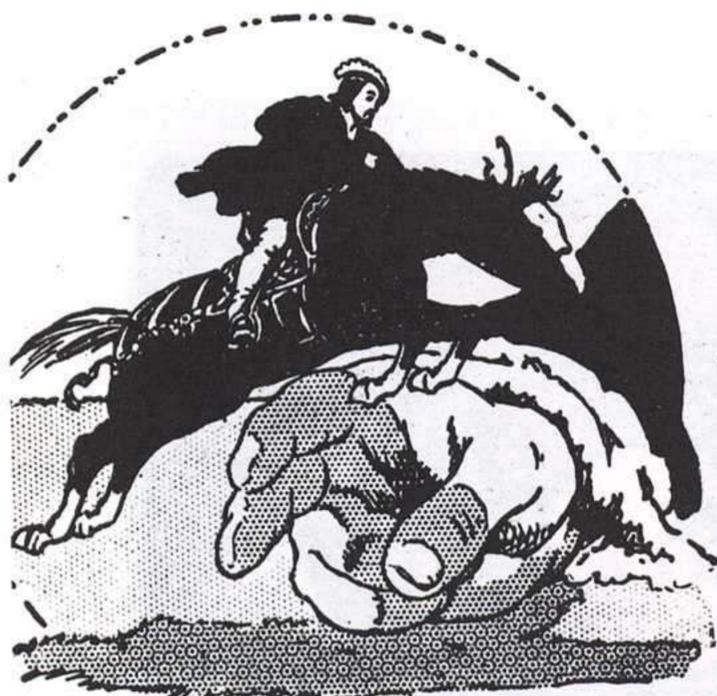
Bolster es un gigante cuya excentricidad deportiva preferida consistía en aparejarse con una nueva esposa cada año, previa lapidación de la anterior en la cima de una colina (alusión a los sacrificios paganos). Su milésima esposa —Jecholiah— no está dispuesta a correr la misma suerte e invoca a santa Inés. Enojada con el gigante por utilizar éste el promontorio de la santa

como altar de inmolación, auxiliará a esta Scherezade cristiana con una estrategia ingeniosa a la vez que milagrosa: el gigante tenía la costumbre de vaciar parte de la sangre de sus venas en el pozo abandonado de una mina el día de la oblación, a fin de sentirse más en forma y refrescado. La santa haría que el día del sacrificio de Jecholiah el pozo tuviera una salida al mar... y así el gigante moriría exangüe.

El gigante de Penhill tiene como deporte predilecto devorar los ganados de las gentes del valle de Wensleyda-

le, a quienes tiene aterrorizadas. Es descendiente y siervo del dios nórdico Tor. Para aligerar su acción aniquiladora cría una raza feroz de verracos. Una joven, Gunda, le implorará que deje a salvo las ovejas de su padre, pero el gigante no tiene piedad y la mata con su enorme garrote. Este martirio tendrá consecuencias funestas para el siervo del dios pagano del trueno. Empeñado en vengar la muerte de uno de sus verracos, exige la entrega diaria de las criaturas más tiernas del lugar. Un ermitaño le planta

GIGANTES



J. JUNCEDA, ELS VIATGES DE GULLIVER, BIBLIOTECA VIOLET, BARCELONA, [S.A.].

cara y vaticina la destrucción del castillo de este cruel Herodes: se producirá un incendio y sobre las llamas aparecerá la figura espectral de Gunda, que empujará al gigante al fondo de un precipicio.

El simbolismo religioso de estos dos cuentos es evidente en la oposición oveja-cerdo, así como en la blancura inmaculada que sugiere la onomástica de los personajes: Inés (*Agnes* en inglés) significa «casta»; *Gunda* podría proceder de una palabra del inglés antiguo (*gunna*) sinónima de «pura». Por otra parte, no deja de ser sugestivo que el primer mártir británico del cristianismo fuera San Alban (*albus* en latín significa «blanco»).

Conflicto social

Un gran número de cuentos del folclore británico e irlandés abonan la segunda era de evolución y conflicto social que este ensayo formula.

La batalla de las aves es de procedencia escocesa y narra cómo el hijo primogénito del rey de Thetertown es ofrecido a un gigante a la edad de siete años (número mágico que se sucede copiosamente en este tipo de literatura fantástica). El joven se enamorará de la hija y, tras superar las tres prue-

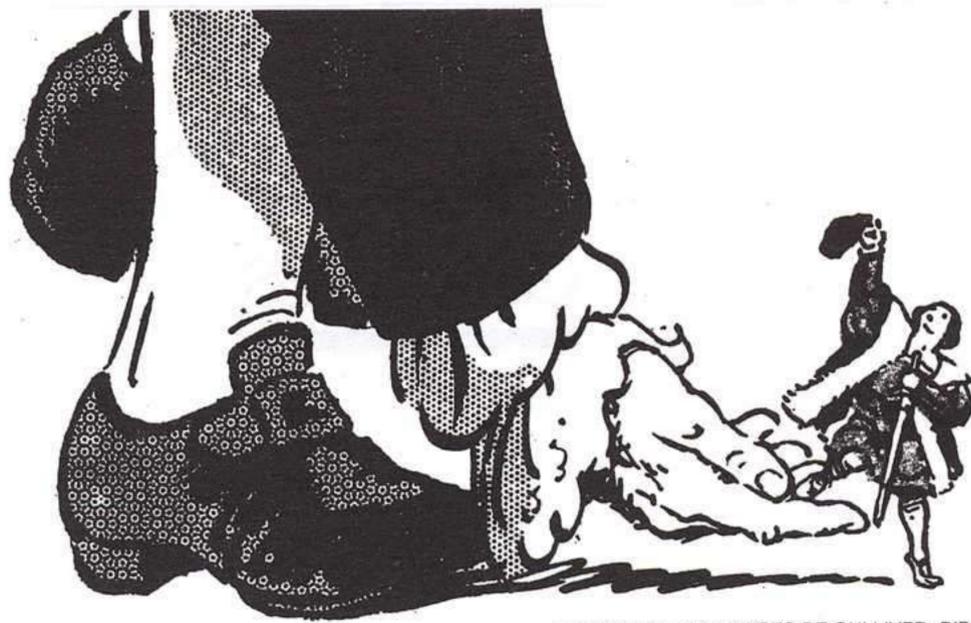


J. JUNCEDA, ELS VIATGES DE GULLIVER, BIBLIOTECA VIOLET, BARCELONA, [S.A.].

bas pertinentes (las pruebas evocan las justas de los torneos caballerescos) con la ayuda de la joven, huirá del ogro soberano, quien, en su persecución, será víctima de los trucos de su propia hija.

En *Las escaleras del gigante*, contado en el sur de Irlanda, el joven Philip Ronayne, así nombrado en honor del rey de España, también será secuestrado a la edad de siete años por el gigante Mahon MacMahon y nadie más sabrá de él. Un herrero, quien a la vez es el juglar de la comarca de Kerricurrihy, recibe en sueños un mensaje de auxilio del joven. Robin Kelly, que así se llama el héroe, conseguirá una estrepitosa pero epopéyica liberación.

En esos dos primeros cuentos podemos interpretar en clave simbólica la ascensión de sus protagonistas, que se independizan del yugo férreo de sus amos. Dos detalles permiten dicha valoración: una de las pruebas era conseguir cinco huevos del nido aéreo de una urraca; también Robin deberá escalar la cima montañosa, obra vetusta del propio gigante. El famosísimo cuento de *Jack y la mata de judías* participa de esta ambientación interpretativa. La acción se sitúa aquí en tiempos del rey Alfredo, en que el hijo de una pobre viuda (imagen de desprovisión) trepa por una enorme mata mágica de habichuelas hasta el cielo, a lo largo de cuyo sendero encuentra, derrota y despoja a un gigante opulento.



J. JUNCEDA, ELS VIATGES DE GULLIVER, BIBLIOTECA VIOLET, BARCELONA, [S.A.]

El cuento galés *Llud y Llevelys* relata las tres plagas en el reino de la isla de Bretaña, causadas por la llegada de la raza de los gigantes coranianos (alusión a Cornualles). Tras recibir el apoyo de su hermano Llevelys, rey consorte de Francia, Llud conseguirá derrotar al gigante invasor, quien aceptará ser su vasallo.

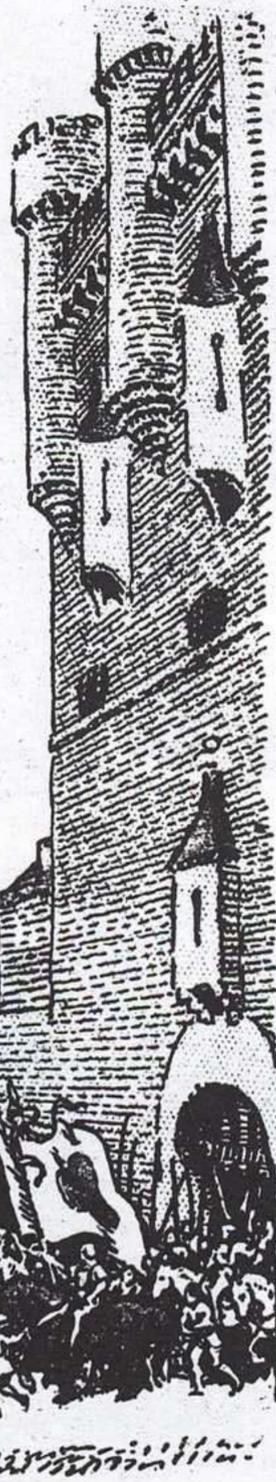
El cuento irlandés *Conall Yellowclaw* (también explicado en Escocia) resume cómo éste tenía tres hijos que jugaban a juegos violentos con el hijo del rey de Erin. En el transcurso de uno de ellos, el príncipe muere accidentalmente. La ira del soberano sólo se verá aplacada, y la vida de Conall y la de sus hijos perdonada, si éstos consiguen traerle el caballo marrón del rey de Lochlann (imagen de conquista y ampliación del feudo del monarca irlandés). En su intento de robar el caballo, Conall es capturado y su ejecución nuevamente se verá indultada si consigue superar una prueba portentosa, esta vez de ingenio fabular: Conall ha de relatar una historia más increíble que la situación en la que se encontraba en ese momento. Conall Yellowclaw rememora el día en que salvó del sacrificio al hijo de una dama, introduciéndose él mismo en la caldera hirviendo que un

gigante déspota y monocular había preparado para la criatura. La madre del rey de Lochlann reconoce en Conall al salvador de su hijo, el rey, y éste le obsequiará con el caballo y dos sacos de tesoro. El propio rey de Erin acabará ennobleciendo a Conall y su familia.

Los laureles del ennoblecimiento constituyen un *leitmotiv* recurrente en este tipo de literatura fantástica. Jack el Matagigantes —de quien hablaremos enseguida— fue nombrado Caballero de la Mesa Redonda por ayudar y enriquecer al hijo del rey Arturo. En el cuento *Egidio, el granjero de Ham* de J.R.R. Tolkien, asistimos al ascenso social de este campesino que llega a convertirse en rey del pequeño reino. Egidio es un fiel vasallo, a quien su monarca otorga cierta dignidad al concederle la espada Caudimordax (Tajarrabos) por derrotar a un gigante que merodeaba por sus tierras. Sin embargo, este héroe —iletrado pero audaz— no pagará diezmo ni penique alguno a las arcas en bancarrota de su señor cuando consiga apoderarse de las riquezas ilícitas del dragón Crisofilax. Incluso GGB, el gigante bonachón de Roald Dahl, recibe de la reina Isabel II el título de Soplaseños Real, que en realidad es la distinción

honorífica más alta a que puede aspirar un británico: Member of the Order of the British Empire.

La estructura de las diferentes variantes de *Jack el Matagigantes*, sin duda uno de los personajes de leyenda más populares de la literatura infantil en Inglaterra, es la de un relato de conquista. En muchos aspectos Jack se asemeja a nuestro Cid Campeador. Hijo único de un granjero cornuallo (rico terrateniente en alguna versión), derrota al gigante córnico Cormoran. En un segundo asalto hace lo propio con Blunderbore, gigante bicéfalo «no tan fiero como los otros, ya que era galés». No mejor suerte correrá el también bicéfalo Thunderell, venido de los valles del norte de Inglaterra para vengar a sus parientes. Por último, Jack derrota-



J. JUNCEDA, ELS VIATGES DE GULLIVER, BIBLIOTECA VIOLET, BARCELONA, [S.A.]



GIGANTES

rá al gigante Galligantua, que retiene cautivos a una gran tropa de damas y caballeros. Jack se casará con la hija de un duque, y el rey Arturo le concederá un castillo y una propiedad de noble.

Alguna muestra del ciclo de cuentos de gigantes irlandeses en torno a la figura de Fin M'Coül y su esposa Oona encierra cierta reivindicación

nacionalista. En una versión menos xenófoba, *Fin M'Coül y Cucullin*, Oona es la mujer valiente y decidida que ayuda a escapar a su esposo de las garras de Cucullin, el mayor de los gigantes del país, empeñado en medir sus fuerzas con Fin. Conocedora de la única fragilidad del huésped enemigo que se avvicina (el dedo medio de la mano derecha), diseña un ardid

muy ingenioso. Disfraza a su marido de bebé y lo introduce en una cuna para despistar a Cucullin acerca de la estatura de su linaje. A continuación Oona somete al gigante a tres pruebas de fuerza, de las que destaca la tercera: le da de comer pasteles rellenos de hierro, que hacen perder los dientes a Cucullin, al contrario que al mocoso Fin, quien se come los no trucados. En su intento de calmar el hambre voraz del pequeño, Cucullin introduce su mano sonajera en las fauces de Fin; éste le destroza el dedo y su fuerza se difuma.

En una versión de 1845 (la fecha es importante), la misma trama e incidentes se repiten en *Fionn y el hombre pelirrojo*, pero algunos retoques son muy insinuadores. El rival de Fionn y Una (la nueva ortografía es intrascendente) ya no es Cucullin, nombre que evoca el del guerrero sobrenatural y héroe legendario irlandés Cuchulainn, sino un gigante pelirrojo (el color del zorro inglés), hijo no se sabe bien si de un gigante o toro Banban y una giganta o montaña albiona.

El combate tiene aquí un epílogo desafiante: Fionn envía lo que queda del gigante agresor en un tarro hacia Alba. Trátese de la Albion romana o de Alba, el antiguo reino británico en la actual Escocia, el envío del tarro contiene una carga explosiva independentista y nacionalista. La historia moderna y contemporánea de Irlanda es la de una lucha cruenta contra la colonización inglesa. El problema religioso y económico actual del norte de la isla tiene su origen en el Ulster Plantation del siglo XVII, por el que millares de escoceses se establecieron en esa región.

De ambas versiones sobresale el protagonismo audaz y decidido de la mujer irlandesa, históricamente manifiesto en la Insurrección de 1916 y los conflictos bélicos que la sucedieron. El teatro de Sean O'Casey o los filmes de John Ford sin duda avalarían esta lectura.



ROBERT INGPEN, ENCICLOPÈDIA DE LES COSES QUE MAI NO HAN EXISTIT, BARCANOVA, BARCELONA, 1986.



E. VICENTE, GULLIVER EN EL PAÍS DE LOS GIGANTES, E. SOPENA, BARCELONA, 1935.

Gulliver

El viaje de Gulliver a Brobdingnag es prolegómeno de los siglos en que el gigante se integra en un orden social de libertades y democracia. Bautizado Grildig («hombrecillo») por su primer amo el agricultor, y considerado como una broma de la naturaleza (*lusus naturae*) por los sabios de la corte, Gulliver es un Ulises moderno que consigue atraer la curiosidad y respeto de una reina y un rey, en extremo hospitalarios y ávidos de conocimientos. Sus armas, no obstante, son dialécticas: informa al gigante so-

berano sobre el Parlamento inglés, sobre la Cámara de los Comunes, «con caballeros libremente elegidos». Gulliver denuncia la enfermedad a que está expuesta toda la especie humana: «La nobleza por el poder, el pueblo por la libertad, y el rey por el dominio absoluto». Sin constituir un cuento de conversión, el rey, a diferencia de los sabios, reconoce que esas criaturas a las que Grildig representa tienen «sus títulos y distinciones honoríficas» y que además «aman, luchan, disputan, engañan, traicionan».

En la novelita *El gran gigante bonachón* de Roald Dahl, los atropellos

de Tragacarnes, Ronchahuesos, Quebrantahombres, Mascaniños, Escurrepicadillo, Buche de Ogro, Aplastamoscosos, Sanguinario, y Devorador son internacionales. El único «guisante» humano que les inspira cierto temor es el recuerdo de Jack, hasta que el GGB inducido por la heroína de la aventura (una huerfanita de nombre regio, Sofía), colabora con el ejército de tierra y las fuerzas aéreas británicas para capturar a ese ejército de malhechores y encerrarlos en una especie de parque zoológico. El GGB es la antítesis del gigante tradicional: es vegetariano, y querrá cambiar el régimen dietético de sus hermanos de raza a base de «pepinásperos». También se mostrará proclive al ejercicio intelectual, aprendiendo a leer a Dickens y a Shakespeare.

Tal vez el cuento que mejor simboliza la transformación social del gigante es *El gigante egoísta* de Oscar Wilde. El milagro lo produce una confabulación de la naturaleza (la primavera, el verano y el otoño boicotean el jardín del gigante) y la intervención divina. Las lágrimas del niño (Jesús) que no consigue alcanzar las ramas del árbol, a pesar de que éste se inclina («¡Salta, muchachito!»), convierten al gigante en reformador social, y al final aparece con el rostro de un ángel en vuelo al paraíso, que ha abandonado el egoísmo esteticista para bautizarse en la caridad cristiana. El final sentimental no puede hacernos olvidar la lección de socialismo que subyace en el discurso del gigante: «Derrumbaré la pared, y mi jardín será el patio de recreo de los niños para siempre».

Una última reflexión. ¿Era éste el sino de los cuentos de gigantes? ¿Qué sentido podría tener seguir escribiendo cuentos de este género, cuando el villano ya no lo es? Por otra parte, parece que asistimos con mayor o menor pasividad a un adiós al mundo mágico de las hadas, es decir, a la historia mágica de la humanidad.

Con su novela *¿Han muerto todos*

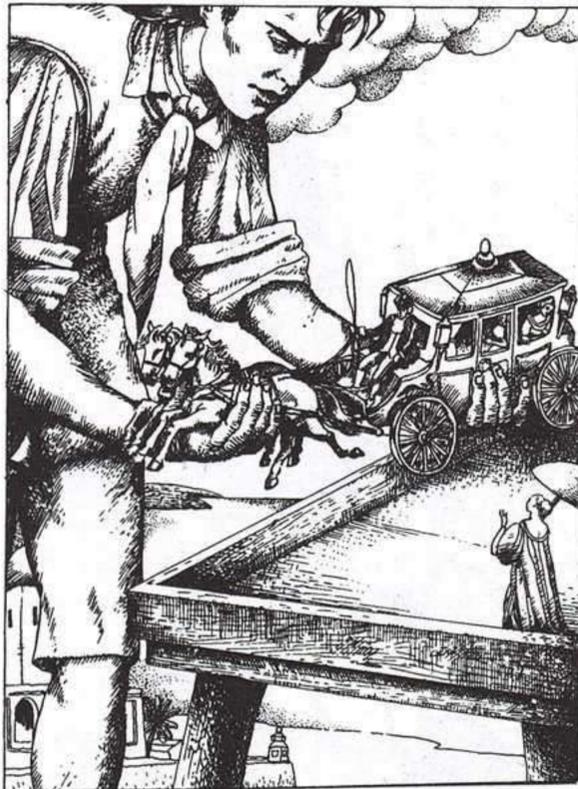
GIGANTES

los gigantes?, Mary Norton ha conseguido un resultado paradójico al argumental de su obra. En ella, James es un joven que adora las historias de cosmonautas, pero su tía Mildred lo transporta a un mundo fabuloso donde, entre otras aventuras, James presencia la caza del último gigante, el número trece del museo particular de cabelleras de sus inefables capturadores, Jack el Matador de Gigantes y Jack Tallo de Judía.

El mensaje de la autora inglesa reafirma la necesidad de resucitar nuestros mitos, y no es casual que recurra a Jack, el mito básico del mundo occidental, en opinión de George Orwell. En varios artículos de este célebre autor («Raffles and Miss Blandish», «The English People», «Charles Dickens») encontramos apuntes muy sabrosos. Por una parte, hace herederos de Jack a héroes icónicos como Mickey Mouse y Popeye el Marino, o cinematográficos como Charlie Chaplin. Esto lo aceptamos y nos alegra, porque entre otras cosas revela la reconversión artística del cuento de gigantes, cuya ideología —el pez pequeño contra el gordo— no tiene fecha de caducidad.

Un segundo apunte nos dice que Jack debería ser rebautizado con el nombre de Mata Enanos, ya que la sensibilidad de la sociedad contemporánea tiende más a alinearse con el mayor y no con el pequeño. En un reciente artículo periodístico («Visca el gegant!»), Néstor Luján confesaba su predilección por Tom (el gigante bueno) y no por Jerry (aparentemente la víctima, pero que se regocija con la crueldad de sus artilugios).

En una sociedad deportiva como la que vivimos, ¿significa todo esto que impera el espíritu del *fair play*?, ¿aplaude el público con más pasión el taponazo de Sabonis que no el quiebro de Nacho Solozábal? Tal vez sea cierto, pero me inclino a pensar que en estos casos estamos viendo las películas de gigantes de segunda división. Desde una perspectiva sociopo-



J. AROCÁS, GULLIVER A LIL-LIPUT, BROMERA, ALZIRA, 1991.

lítica, los gigantes-estrella todavía han de ser domesticados. El gigante americano teme el despertar del gigante asiático; el gigante industrializado del Norte no permite el crecimiento del enano del Sur. Las gigantescas multinacionales que presiden el consumismo y la fuerza de trabajo de nuestra sociedad occidental no menguan, sino que crecen en tamaño y dinamismo estético (muy significativamente, un reciente libro de estrategia comercial de una profesora de Harvard se titula *Cuando los gigantes aprenden a bailar*).

El destino utópico del cuento de gigantes debería haber sido el de la consecución de un orden social y económico más equitativo, y esta asignatura está aprobada parcialmente. La pregunta es si nos queremos presentar todos a examen, o los poderosos quedarán exentos. Es preciso que la literatura de gigantes no desaparezca. Lo preocupante y lamentable sería que el pulso actual entre George Bush y Saddam Hussein propiciase un retorno al maniqueísmo intolerante del cuento de la etapa primitiva, es decir, que este género tuviera un carácter cíclico. Lo optimista es que autores como Salman Rushdie, capaz de escandalizar y ofender al mundo islámico con sus *Versos satánicos*, revise los países de las hadas en un libro infantil con resonancias adultas: *Harún y el mar de las Historias*. ■

* J.L. Bartolomé es catedrático de inglés del instituto Montsacopa de Olot (Gerona).

Notas

1. Se utilizará el adjetivo «inglés» en su sentido de lengua literaria, y no exclusivamente en el étnico.

Bibliografía

- Dahl, R.: *El Gran Gigante Bonachón*, Barcelona: Planeta (Nuevos Horizontes), 1984.
- Gebert, H.: *Riesen & Drachen Märchen*, Beltz & Gelberg, 1981.
- Manning Sanders, R.: *A Book of Giants*, Londres: Magnet Books, 1982.
- Marshall, S.: *Everyman's Book of English Folk Tales*, Londres: Dent & Sons Ltd., 1981.
- Norton, M.: *¿Han muerto todos los gigantes?*, Madrid: Alfaguara (Juvenil, 36), 1981.
- Opie, I. y P.: *The Classic Fairy Tales*, Londres: Paladin Books, 1980.
- Rackham, A.: *Fairy Tales from Many Lands*, Harmondsworth: Penguin Books, 1978.
- Ross, A.: *Mitología céltica. Druides, Dioses i Herois*, Barcelona: Barcanova, 1987.
- Scott, M.: *Irish Folk and Fairy Tales*, Londres: Sphere Books, 1983.
- Swift, J.: *Los viajes de Gulliver*, Madrid: Anaya (Tus libros, 16), 1982.
- Tolkien, J.R.R.: *Egidio, el granjero de Ham*, Barcelona: Mino-tauro, 1984.
- «Roast Mutton», en *The Hobbit*, Londres: Unwin Paperbacks, 1979.
- Wilde, O.: «The Selfish Giant», en *The Works of Oscar Wilde*, Londres: Spring Books, 1977.